

ceres. ¿Qué había sido Santa Teresa? Una monja, una fundadora de conventos; ¿cuántas monjas había habido que no habían pasado de ser mujeres vulgares? La vida de una monja puede caer en la rutina también, ser poco meritoria á los ojos de Dios, y nada útil para satisfacer las ansias de un alma ardiente. Y, sin embargo, á la Santa Doctora; ¿qué mundos tan grandes, qué Universo de soles no la había dado aquella vida del claustro? La gran actividad va en nosotros mismos, si somos capaces de ella. Pero hay que buscar la ocasión en las ocupaciones de la vida buena. Era necesario que Anita frecuentase en adelante las fiestas del culto; que oyese más sermones, más misas, que asistiera á las novenas, que fuese de la sociedad de San Vicente, pero socia activa, que visitara á los enfermos y los vigilara, que entrase en el Catecismo; al principio tales ocupaciones podrían parecerla pesadas, insustanciales, prosáicas, desviadas del camino que conduce á la vida de la piedad acendrada, pero poco á poco iría tomando el gusto á tan humildes menesteres; iría penetrando los misteriosos encantos de la oración, del culto público, que si parece hasta frívolo pasatiempo en las almas tibias, en el vulgo de los fieles, que están en el templo nada más con los sentidos, es edificante espectáculo para quien siente devoción profunda.»

—Verá Vd.—decía el Magistral—como llega un día en que no necesita á Zorrilla ni poeta nacido para llorar de ternura y elevarse, de una en otra, como usted dice, hasta la idea santa de Dios. Tiene la Iglesia, amiga mía, tal sagacidad para buscar el camino de las entrañas! Verá Vd., verá Vd. como reconoce la sabiduría de Nuestra Madre en muchos ritos, en muchas ceremonias y pompas del culto que ahora pueden antojársele indiferentes, insignificantes. ¡Nuestras fiestas! ¡Qué cosa más hermosa, querida hija mía! Llegará, por ejemplo, la Noche buena y Vd. empleará su imagi-

nación poderosa en representarse las escenas de pura poesía del Nacimiento de Jesús... Volverán á ser para usted las que ya parecían vulgaridades de villancicos, grandes poemas, manantial de ternura, y llorará pensando en el Niño Dios... Y Vd. me dirá entonces si aquellas lágrimas son más dulces y frescas que las que anoche le arrancaba el bueno de don Juan Tenorio...

—Á los sermones de cualquiera, no hay para qué ir—prosiguió De Pas—por más que á veces la palabra de un pobre cura de aldea encierra en su sencillez tosca tesoros de verdad, enseñanzas lacónicas admirables, rasgos de filosofía profunda y sincera, parábolas nuevas dignas de la Biblia; pero como esto es pocas veces, conviene acudir á los sermones de oradores acreditados. Oiga Vd. al señor Obispo en los días que él quiere lucirse... Oiga Vd.... á otros buenos predicadores que hay... Y si no fuera vanidad intolerable, añadiría ógame Vd. á mí algunos días de los que Dios quiere que no me explique mal del todo. Sí, porque así como hay cosas que no pueden decirse desde el púlpito, que exigen el confesonario ó la conferencia familiar, hay otras que piden la cátedra, que sería ridículo decir las de silla á silla... por ejemplo, algo de lo que yo tengo que advertir á Vd. respecto de esas vagas y aparentes visiones de Dios en idea... tocadas, hija mía, de panteísmo, sin que Vd. se dé cuenta de ello.

Más habló el Magistral para exponer el plan de vida devota á que había de entregarse en cuerpo y alma su amiga desde el día siguiente, y terminó tratando con detenimiento especial la cuestión de las lecturas.

Recomendó particularmente la vida de algunos santos y las obras de Santa Teresa y algunos místicos.

«Basta con leer la vida de la Santa Doctora y la de María de Chantal, Santa Juana Francisca, por supuesto, sabiendo leer entre líneas, para perfeccionarse, no al principio, sino más adelante. Al principio es un gran

peligro el desaliento que produce la comparación entre la propia vida y la de los santos. ¡Ay de Vd. si desmaya porque ve que para Teresa son pecados muchos actos que Vd. creía dignos de elogio! Pasará usted la vergüenza de ver que era vanidad muy grande creerse buena mucho antes de serlo, tomar por voces de Dios voces que la Santa llama del diablo... pero en estos pasajes no hay que detenerse... No hay que comparar... hay que seguir leyendo... y cuando se haya vivido algún tiempo dentro de la disciplina sana... vuelta á leer, y cada vez el libro sabrá mejor, y dará más frutos.

»Si nos proponemos llegar á ser una Santa Teresa, ¡adiós todo! se ve la infinita distancia y no emprendemos el camino. Á dónde se ha de llegar, eso Dios lo dirá después; ahora andar, andar hacia adelante es lo que importa.

»Y á todo esto ¿hemos de vestir de estameña, y mostrar el rostro compungido, inclinado al suelo, y hemos de dar tormento al marido con la inquisición en casa, y con el huir los paseos, y negarse al trato del mundo? Dios nos libre, Anita, Dios nos libre... La paz del hogar no es cosa de juego... ¿Y la salud? la salud del cuerpo, ¿dónde la dejamos? ¿Pues no se trataba de ponernos en cura? ¿No estábamos ahora hablando del espíritu y su remedio? Pues el cuerpo quiere aire libre, distracciones honestas, y todo eso ha de continuar en el grado que se necesite y que indicarán las circunstancias.

Una ráfaga de aire frío hizo temblar á la Regenta y arremolinó hojas secas á la entrada del cenador. El Magistral se puso en pié, como si le hubieran pinchado, y dijo con voz de susto:

—¡Caramba! debe de ser muy tarde. Nos hemos entretenido aquí charlando... charlando...

»No le haría gracia que don Víctor los encontrase a

tales horas en el parque, dentro del cenador solos y á la luz de las estrellas...» Pero esto que pensó se guardó de decirlo. Salió de la glorietta hablando en voz alta, pero no muy alta, aparentando no temer al ruido, pero temiéndolo.

Ana salió tras él, ensimismada, sin acordarse de que había en el mundo maridos, ni días, ni noches, ni horas, ni sitios inconvenientes para hablar á solas con un hombre joven, guapo, robusto, aunque sea clérigo.

El Magistral, como equivocando el camino, se dirigió hacia la puerta del patio, aunque parecía lo natural subir por la escalera de la galería y pasar por las habitaciones de Quintanar.

En el patio estaba Petra, como un centinela, en el mismo sitio en que había recibido al Provisor.

—¿Ha venido el señor?—preguntó la Regenta.

—Sí, señora—respondió en voz baja la doncella;— está en su despacho.

—¿Quiere Vd. verle?—dijo Ana volviéndose al Magistral.

Don Fermín contestó

—Con mucho gusto.

—¡Disimulan, disimulan conmigo!—pensó Petra con rabia.

—Con mucho gusto... si no fuera tan tarde... debía estar á las ocho en palacio... y van á dar las ocho y media... no puedo detenerme... salúdele Vd. de mi parte.

—Como Vd. quiera.

—Además, estará abismado en sus trabajos... no quiero distraerle... saldré por aquí... Buenas noches, señora, muy buenas noches.

—Disimulan—volvió á pensar Petra, mientras abría la puerta que conducía al zaguán.

Entonces, el Magistral se acercó á la Regenta y de prisa y en voz baja dijo:

—Se me había olvidado advertirle que... el lugar más á propósito para... verse... es en casa de doña Petronila. Ya hablaremos.



—Bien — contestó la Regenta.

—Lo he pensado, es el mejor.

—Sí, sí, tiene Vd. razón.

Subió Ana por la escalera principal y salió al portal don Fermín. En la puerta se detuvo, miró á Petra mientras se embozaba, y la vió con los ojos fijos en el suelo, con una llave grande en la mano, esperando á que pasara él para cerrar. Parecía la estatua del sigilo. De Pas la acarició con una palmadita familiar en el hombro y dijo sonriendo:

—Ya hace fresco, muchacha.

Petra le miró cara á cara, y sonrió con la mayor gracia

que supo y sin perder su actitud humilde.

—¿Estás contenta con los señores?

—Doña Ana es un ángel.

—Ya lo creo. Adiós, hija mía, adiós; sube, sube, que aquí hay corrientes... y estás muy coloradilla... debes de tener calor...

—Salga Vd., salga Vd., y por mí no tema.

—Cierra ya, hija mía, puedes cerrar.

—No señor, si cierro no verá Vd. bien hasta llegar á la esquina...

—Muchas gracias... adiós, adiós.

— Buenas noches, don Fermín.

Esto lo dijo Petra muy bajo, sacando la cabeza fuera del portal, y cerró con gran cuidado de no hacer cualquier ruido.

«¡Don Fermín!» pensó el Magistral. «¿Por qué me llama ésta don Fermín? ¿Qué se habrá figurado? Mejor, mejor... Sí, mejor. Conviene tenerla propicia como á la otra.»

La otra era Teresina, su criada.

Petra subió y se presentó en el tocador de doña Ana sin ser llamada.

—¿Qué quieres? — preguntó el ama, que se estaba embozando en su chal porque sentía mucho frío.

—El señor no me ha preguntado por la señora. Yo no le he dicho... que estaba ahí don Fermín.

—¿Quién?

—Don Fermín.

—¡Ah! Bien, bien... ¿para qué? ¿qué importa?

Petra se mordió los labios y dió media vuelta murmurando:

—¡Orgullosa! si creará que no tenemos ojos?... Pues si á una no le diera la gana... pero yo lo hago por el otro...

Sí, Petra lo hacía por el otro, por el Magistral, á quien quería agradar á toda costa. Tenía sus planes la rubia lúbrica.

Don Víctor Quintanar se presentó media hora después á su mujer con manchas de pólvora en la frente y en las mejillas.

No supo nada de la visita nocturna del Magistral. «No preguntó nada: ¿para qué decírselo?»

Á la mañana siguiente, antes de salir el sol, Frígilis entró en el Parque de Ozores por la puerta de atrás, con la llave que él tenía para su uso particular. El amigo íntimo de Quintanar, era el dictador en aquel pueblo de árboles y arbustos. Los días que no iban de

caza, el señor Crespo se los pasaba recorriendo sus dominios, que así llamaba al parque de Quintanar; podaba, ingertaba, plantaba ó trasplantaba, según las estaciones y otras circunstancias. Estaba prohibido á todo el mundo, incluso el dueño del bosque, tocar en una hoja. Allí mandaba Frigilis y nadie más. En cuanto entró, se dirigió al cenador. Recordaba haber dejado encima de la mesa de mármol ó de un banco, en fin, allí dentro, unas semillas preparadas para mandar á cierta exposición de floricultura. Buscó, y sobre una mecedora encontró un guante de seda morada entre las semillas esparcidas y mezcladas sobre la paja y por el suelo.

Soltó un taco madrugador y cogió el guante con dos dedos levantándolo hasta los ojos.

—¿Quién diablos ha andado aquí?— preguntó á las auras matutinas.

Guardó el guante en un bolsillo, recogió las semillas que no había llevado el viento, y con gran cuidado volvió á escoger y separar los granos. Se trataba de una singularísima especie de pensamientos monocromos, invención suya.

Cuando sintió ruido en la casa, llamó á gritos.

—Anselmo! Petra! Servanda! Petra!...

Apareció Petra con el cabello suelto, en chambra, y mal tapada con un mantón viejo del ama. Parecía la aurora de las doradas guedejas; pero Frigilis, mal humorado, se encaró con la aurora.

—Oye, tú, buena pécora, ¿qué demonio de obispo entra aquí por la noche á destrozarme las semillas?...

—¿Qué dice Vd., que no le entiendo?— contestó Petra desde el patio.

—Digo que ayer me retiré yo de la huerta cerca del oscurecer, que dejé allá dentro unas semillas envueltas en un papel... y ahora me encuentro la simiente revuelta con la tierra en el suelo, y sobre una butaca este



guante de canónigo...
¿Quién ha estado aquí de noche?

—¡De noche! Vd. sueña, don Tomás.

—¡Ira de Dios! De noche digo...

—Á ver el guante...

—Toma — contestó Frigilis, arrojando desde lejos la prenda.

—Pues... está bueno! ja, ja, ja... buen canónigo te dé Dios.....

Lo que entiende Vd. de modas,

don Tomás... ¿Pues no dice que es un guante de canónigo?...

—¿Pues de quién es?

—De mi señora... No ve Vd. la mano... qué chiquita... á no ser que haya *canónigas* también.

—¿Y se usán ahora guantes morados?

—Pues claro... con vestidos de cierto color...

Frigilis encogió los hombros.

—Pero mis semillas, mis semillas ¿quién me las ha echado á rodar?

—El gato, ¿qué duda tiene? el gatito pequeño, el Moreno, el mismo que habrá llevado el guante á la glorieta... es lo más urraca!...

En la pajarera de Quintanar cantó un jilguero.

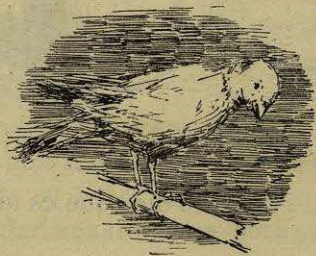
—El gato! el Moreno!...—dijo Frigilis, moviendo la cabeza—qué gato... ni que...

Una sonrisa seráfica iluminó su rostro de repente, y volviéndose á Petra, señaló á la galería con la mano izquierda:

—¡Es mi macho! ¡es mi macho! ¿oyes? estoy seguro... ¡es mi macho!... y tu amo que decía... que su canario... que iba á cantar primero... oyes... oyes? es mi macho, se lo he prestado quince días para que lo viese vencer... es mi macho!

Frigilis olvidó el guante y el gato, y quedó arrobado oyendo el repiqueteo estridente, fresco, alegre del jilguero de sus amores.

Petra escondió en el seno de nieve apretada el guante morado del Magistral.



XVIII

Las nubes pardas, opacas, anchas como estepas, venían del Oeste, tropezaban con las crestas de Corfín, se desgarraban y deshechas en agua, caían sobre Vetusta, unas en diagonales vertiginosas, como latigazos furibundos, como castigo bíblico; otras cachazudas, tranquilas, en delgados hilos verticales. Pasaban, y venían otras, y después otras que parecían las de antes, que habían dado la vuelta al mundo para desgarrarse en Corfín otra vez. La tierra fungosa se descarnaba como los huesos de Job; sobre la sierra se dejaba arrastrar por el viento perezoso, la niebla lenta y desmayada, semejante á un penacho de pluma gris; y toda la campiña entumecida, desnuda, se extendía á lo lejos, inmóvil como el cadáver de un naufrago que chorrea el agua de las olas que le arrojaron á la orilla. La tristeza resignada, fatal de la piedra que la gota eterna horada, era la expresión muda del valle y del monte; la naturaleza muerta parecía esperar que el agua disolviera su cuerpo inerte,